

Romanos 11:13-15; 29-32

“Sermón Romanos 11:13-15; 29-32 Pentecostés 13, 2011 Is 56:1, 6-8; Mat. 15:21-28

“Hablo a vosotros, gentiles. Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio, por si en alguna manera pudiera provocar a celos a los de mi sangre y hacer salvos a algunos de ellos, porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos? ... porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios. Como también vosotros erais, en otro tiempo, desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también estos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia, pues Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.”
(Romanos 11.13-15; 29–32)

La semana pasada escuchamos de la tristeza que dejaba en Pablo el hecho de que la mayoría de los de su propio pueblo, los judíos, a pesar de sus grandes privilegios, habían rehusado creer en el Mesías que Dios había enviado a Israel, de modo que estaban perdidos en la incredulidad. Eso a pesar de que eran miembros de un pueblo “de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la Ley, el culto y las promesas. A ellos también pertenecen los patriarcas, de los cuales, según la carne, vino Cristo” (Rom: 9:4-5). Esto inauguró una larga discusión de la situación de los judíos, ese pueblo escogido de Dios desde la antigüedad, ahora en su mayor parte condenada en la incredulidad, una discusión que ocupa tres capítulos en el centro de Romanos. En nuestro texto de hoy, Pablo se acerca al final de esa discusión. Responde a los gentiles que tal vez piensen que a los judíos se les debe abandonar a su destino. Tiene que reaccionar a gentiles que dejarían, como los judíos antiguamente, que el orgullo se posesione de ellos y los haga pensar que había algún mérito en ellos que haya resultado en su llamamiento para la salvación. Y sobre todo tiene que reaccionar a las dudas que podría haber en cuanto a la fidelidad de Dios a sus propósitos de elección, si tantos judíos se iban a perder en la incredulidad. Cuando llega al final de esta discusión en los versículos de nuestro texto tomados de dos secciones del capítulo 11 de Romanos, debemos apreciar tanto más la misericordia de Dios que ha resultado en nuestra salvación, y

debemos estar llenos de celo por ganar a los que todavía se pueden ganar por la palabra del evangelio, incluyendo a miembros del antiguo pueblo de Dios, los judíos.

Pablo está escribiendo a la congregación de los romanos. Su composición es mayoritariamente gentil, o sea, de personas que no forman parte del pueblo judío. Tal vez les extrañe que Pablo pase tanto tiempo hablando de lo que pasó con ese pueblo. Después de todo, ¿no es Pablo el apóstol a los gentiles?

Pablo sí afirma que es el apóstol a los gentiles. De hecho, declara: “Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio”. Lo que parece indicar con la expresión “honro mi ministerio” es que no escatima ningún esfuerzo para asegurar que se ganen para la fe en Jesucristo el mayor número de gentiles posible. Trabaja día y noche con el fin de poder predicar a todos los que pueda para que crezca la iglesia y el número de los que se salvan se aumente. La única gloria u honra de su ministerio es esto, que Dios por medio de él salve muchas almas a través de su predicación del evangelio de Jesucristo.

¿Pero por qué ha trabajado tanto Pablo con los gentiles? La respuesta se halla en su experiencia en casi todos los lugares nuevos a donde llegó. Primero buscó una sinagoga judía, y comenzó su predicación allí, mostrando por la Escritura que Jesús era el cumplimiento de las profecías de Dios de enviar un Mesías, un Salvador para su pueblo en los postreros días. Pero siempre se repetía el mismo escenario. Los judíos en su gran mayoría rechazaban el mensaje de Pablo y comenzaron una persecución de él y los que habían creído su mensaje. En respuesta, Pablo llevó el mensaje a los gentiles, que pronto formaron la inmensa mayoría en la iglesia. Un ejemplo: Antioquía en Pisidia: “Entonces Pablo y Bernabé, hablando con valentía, dijeron: —A vosotros, a la verdad, era necesario que se os hablara primero la palabra de Dios; pero puesto que la desecháis y no os juzgáis dignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles, porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: »“Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra” (Hech. 13.46–47).

Sin embargo, Pablo hace una declaración sorprendente aquí. Todo su trabajo esmerado para la evangelización de los gentiles tiene un propósito también con respecto a su propio pueblo. Dice que honra su ministerio “por si en alguna manera pudiera provocar a celos a los de mi sangre y hacer salvos a algunos de

ellos”. Su esperanza es que al menos algunos judíos, al ver cómo tantas personas que nunca habrían esperado que creyeran en el Dios de Israel y gozaran de su salvación, disfrutaban las bendiciones de paz con Dios, la justificación, y la eterna salvación, ellos mismos sentirían celo por lo que estaba pasando y reevaluarían su anterior incredulidad de modo que llegarían a la fe en Jesucristo. El resultado sería su salvación.

Pablo no tiene ninguna ilusión de que muchos del pueblo endurecido lleguen a creer el mensaje de Cristo crucificado como la única esperanza de salvación. Su esperanza es salvar a “algunos”. Pero confía en que el propósito de Dios es todavía salvar también a algunos de entre ese pueblo antiguo que él ha elegido para ser salvos conforme a su misericordia. Como Pablo explicó, “No que la palabra de Dios haya fallado, porque no todos los que descienden de Israel son israelitas... Esto es: no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que son contados como descendencia los hijos según la promesa” (Rom. 9:6,8). También dice en este capítulo: “Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia. Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia. Y si es por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no sería obra. ¿Qué, pues? Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos” (Rom. 11:5-7).

¿Pero por qué debe esto estar importante también para nosotros, los creyentes gentiles? Sencillamente porque redundará para la alabanza de la gracia de Dios. Como dice Pablo: “si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos?” Si a pesar de la incredulidad del pueblo, y el merecido rechazo del pueblo debido a ella, Dios ahora demuestra que puede salvar a algunos aun de ese pueblo, ¿no alabará esto tanto más la gracia de Dios y demostrará aun más plenamente que la salvación de todo aquel que se salva su base sólo en la gracia de Dios, sólo en su favor inmerecido?

¿Por qué se han salvado los gentiles creyentes? Sólo por gracia. Después de todo, ¿cuál era su situación antes de la venida de Cristo y la salida del evangelio para ser proclamado en el mundo entero? ¿Qué había sido la situación del mundo gentil por siglos y milenios? Pablo responde: “Erais, en otro tiempo, desobedientes a Dios”. ¿Y qué es lo que había sido la ocasión para que el evangelio saliera al mundo gentil y haya llegado hasta al Perú? Fue el rechazo de los judíos, como hemos visto.

“Pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos”. ¡Qué testimonio tan poderoso a la habilidad de Dios de traer el bien aun de algo malo, de hacer que todas las cosas cooperen para bien para aquellos que aman a Dios, los que son llamados conforme a su propósito! Por la desobediencia de los judíos, su rechazo del evangelio de Jesucristo, el evangelio ha alcanzado a nosotros los pecadores gentiles perdidos y nos ha proclamado la salvación por la pura gracia de Dios, mostrándonos al Salvador que sacrificó su vida por nosotros para pagar por nuestros pecados y rescatarnos de la condenación que habíamos merecido. Así que ahora hay un pueblo de Dios conformado no sólo de judíos, sino de “una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas” (Apoc. 7:9).

Pero hay aun más en la misericordia de Dios. El rechazo de parte de los judíos no quiere decir que todos los judíos son rechazados por Dios. De hecho, por ver lo que Dios ha hecho con los gentiles, una parte de ellos también será convertida. “Para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia”. Y el hecho es que aun este pueblo, que en lo general se ha endurecido contra el evangelio y la gracia de Dios, no ha frustrado el propósito de Dios de que en cada generación algunos hayan escuchado el evangelio y llegado a la fe en el Salvador que sus antepasados habían rechazado. Éstos se han manifestado como pertenecientes al verdadero Israel, el Israel no según la carne solamente sino también según la promesa. Porque han tenido que reconocer que ellos tanto como los gentiles habían llegado a ser desobedientes. “Pues Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos”. ¡Qué gracia de Dios! La desobediencia de las naciones hizo que Dios escogiera un pueblo especial al cual prometer la venida del Salvador y lo preservara en todas las generaciones hasta el nacimiento del Salvador. Luego la desobediencia de ellos hizo que el evangelio pasara a nosotros y, sin ningún mérito de nuestra parte, sino sólo por el mérito de Cristo, nos salvara de la muerte eterna y nos diera la vida eterna. Y ahora, aun entre el Israel desobediente Dios demuestra su poder para salvar, y que esa salvación es sólo por la gracia, al traer a algunos de ellos a la fe en Cristo. Y así, con la salvación de la plenitud de los gentiles elegidos y del remanente elegido de Israel, todo Israel, todo el Israel verdadero que consiste en todos los creyentes gentiles y judíos, será salvo. ¡Dios sea alabado por su gran misericordia siempre! Amén.

